



MÉLIDA 77

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO.

AÑO II.

Madrid, Miércoles 20 de Marzo de 1878.

NÚM. 22.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID: Un mes, 3 rs.; trimestre, 8; semestre, 15.—PROVINCIAS, directamente á la Administración, trimestre, 10 rs.; semestre, 18.—En casa de los corresponsales, trimestre, 12 rs.; semestre, 22. ULTRAMAR y EXTRANJERO: semestre, 40 rs.; un año, 75.

ADMINISTRACION: CALLE DE SAN MARTIN, LIBRERÍA DE PERDIGUERO.

SUMARIO.—Explicacion del grabado.—Pio IX y Balmes (conclusion).—La herida invisible (conclusion).—El tabaco (continuacion).—La mariposa y la niña, poesía.—Noticias del origen é historia del baston.—Miscelánea.—Charada.

EXPLICACION DEL GRABADO.

La ciudad de Peschiera, cuya vista tomada desde el rio representa nuestro grabado, está situada al lado meridional del lago Ibona sobre el Minio y no léjos de uno de los lagos más hermosos que rodean á Milan: el Garda.

Su poblacion consta de 4700 habitantes y la ciudad es célebre por algunos hechos de armas, siendo de todos conocida la celebridad que adquirió la importante plaza fuerte de Peschiera por ser una de las que formaban el famoso cuadrilátero baluarte de Austria en sus últimas guerras contra Francia é Italia.

PIO IX Y BALMES.

(Conclusion.)

II.

Un publicista español ha dicho que Pio IX es «el mejor corazón en la peor época:» con perdon del distinguido escritor, rectificaré la definicion: Pio IX es el mejor corazón del siglo del progreso. La diferencia no está sino en que la que para algunos es la peor época, es para mí gloriosa: tan gloriosa, que ha de asombrar á las futuras edades. Una razon hay, sin embargo, que explica ambos juicios: cuando se emitió el primero, nuestra época estaba aún envuelta en esa oscuridad, que se aumenta al acercarse la aurora: hoy estamos en el crepúsculo, y pronto ha de lucir radiante el sol de la Iglesia católica, quizá sin nubes por algunos siglos.

El inmortal Pontífice, cuya muerte llora aún el mundo, ofreció durante su largo Pontificado innumerables maravillas y entre ellas la de la duracion de su reinado. Ni aún el Pescador de Galilea alcanzó tan luengos años de pontificado en Roma; pero ¡ah! que si la empresa de Pedro era el echar la primera piedra del Primado romano en medio del mundo de la materia, la empresa de Pio IX fué consolidar esa base, profundizar ese cimiento que ha de resistir el choque devastador de las ideas en los tiempos de la soberbia intelectual: y cosa de todos sabida es que las obras del espíritu exigen lenta elaboracion; re-

quieran, si han de ser inmortales, penosos y dilatados años.

Revestido de su doble carácter de Pontífice y de Rey, Pio IX fué destinado por Dios para ser el Génio del Catolicismo en el siglo presente: como Papa, fué predestinado á dejar á la Iglesia la fórmula de su progreso en el tiempo; como Rey, se le vió predestinado también á dejar á la sociedad la fórmula de su progreso en el espacio.

Voy á probar lo primero; pero antes son necesarias algunas aclaraciones. La Iglesia posee la verdad; la verdad es una é invariable; pero, á pesar de esto, la Iglesia se desarrolla y progresa en la manifestacion de la verdad: tiene aquel desarrollo de su celestial esposo, del cual el Evangelista nos dice que «Jesús progresaba en sabiduría, en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres.» Pero ¿dónde está la verdad? En la Escritura y en la Tradicion: mas estos dos orígenes no son principios vivos de verdad, sino en cuanto se une á ellos un tercer elemento: la interpretacion. ¿Y quién ha de ser el intérprete? El que lo es en toda sociedad, el poder supremo. ¿Quién es el poder supremo en la Iglesia? El instituido por Jesucristo, su fundador: en una palabra, el Papa.

Ahora bien; bueno es tener presente el modo de obrar de la Iglesia en el desenvolvimiento de la verdad revelada: ley es de la evolucion dogmática la contradiccion; por eso, para que exista un dogma es necesario el error, y mientras no se haga necesaria la verdad para destruir ese error, la verdad no se declara revelada: así, todo dogma responde á una necesidad intelectual ó moral. Mas el procedimiento de la Iglesia en el declarar é interpretar la revelacion no siempre fué el mismo: las más de las veces ha consistido en la directa promulgacion del Pontífice; las ménos en la promulgacion indirecta, que tiene lugar cuando define un dogma algun Concilio ecuménico, es decir, aprobado y confirmado por el Papa.

Conocido ya el organismo de la Iglesia en el desenvolvimiento de su vida sobrenatural, conveniente es fijarnos en el espíritu de nuestra época. Tres centurias há que el racionalismo invadió al mundo social desde el instante que sopló por vez primera allá en Wittemberg sobre las márgenes del Elba: en su aparicion toma la forma dogmático-humana; en su crecimiento aparece como discusion científico-universal; en su decadencia se revela como idealismo absoluto: este es el carácter de la época presente. Sin leyes ni cortapisas, el pensamiento vuela hoy con más rapidez que su conductora la electricidad; auxiliado por la multiplicidad de adelantos científicos y artísticos, adquiere más fuerza que la que el vapor desarrolla para trasladar sus productos; reproducido en millares de prensas, alcanza una extension que trasciende el espacio, lo mismo que burla al tiempo; y del conjunto de su rapidez, de su fuerza y de su extension, resulta á la sociedad una agitacion febril que destroza su organismo, y un cansancio intelectual que le arrastra hácia la unidad, como centro y principio de la fuerza que necesita. Ahora bien; las inteligencias no se adunan ni someten con la fuerza material, sino única y exclusivamente se sojuzgan á la unidad por medio de lo absoluto, de lo evidente; es necesario, pues, que un principio absoluto se apodere del mundo intelectual, y con su fuerza, su rapidez y su universalidad, mayores que las del pensamiento moderno, domine y guíe el movimiento de las inteligencias hácia la verdad, y, al mismo tiempo, adune las voluntades hácia el bien; en una palabra, la sociedad perece si no se la da, y en su seno se deposita la evidencia especulativo-práctica, ó lo que es igual, la infalibilidad.



PESCHIERA.

Contemplemos ahora á la Iglesia frente al espíritu moderno. Fija, inmóvil, siempre inalterable, desde su fundación ve á los siglos hundirse en el abismo de lo pasado, y en cada siglo presencia nuevas tempestades, transformaciones nuevas, cuyas necesidades cuida de satisfacer, cumpliendo así la condición de su existencia. Acércase, y hasta ella llega nuestra época, con su fiebre de progreso, sus tormentas de encontrados intereses, su incansable oleaje de ideas, sus amenazadoras nubes de pasiones; la mira, descubre su antigüedad, y dice: aparta, aparta, tú eres inmóvil, tú eres eterna, no eres tú el progreso que yo busco, por el cual me agito, con cuya idea vivo, cuyo pensamiento me da vida; tú eres la institución del pasado, y yo suspiro por el porvenir; tú irradian destello eterno, y yo busco al esplendor, siempre mudable y creciente siempre, porque es el progreso sin fin; aparta, aparta, y hazme plaza, si no quieres que te arrastre en mi veloz carrera. La Iglesia calla, medita en el espíritu del siglo, ve que en realidad ese movimiento vertiginoso con que arrastra á la sociedad á través de inmensos precipicios y salvando espantosos abismos, ha de ser encarrilado, si es que la sociedad ha de cumplir el fin propuesto por su divino Autor; y luego... mira en su derredor, buscando un hombre, y levanta los ojos al cielo para pedir un genio.

En aquel instante leía el Arzobispo de Imola treinta y seis veces su nombre, y el Sacro Colegio le llamaba por vez primera Pio IX.

Y la Iglesia, que es infalible, no se equivocó en la elección. El nuevo Papa aparece desde que pone el pié en el sόlo de San Pedro, un Papa reformador, y así, bien pronto la disciplina eclesiástica adquiere vigor; las costumbres cristianas se mejoran; las canonizaciones de los santos se multiplican; la propaganda católica se extiende; los errores se proscriben con infatigable actividad; y para dar vida nueva al siglo de la materia y de los sentidos, define el augusto Vicario de Jesucristo que la Virgen de Nazareth fué concebida sin la mancha con que los hijos de Adán son todos concebidos.

Sabe muy bien que la Iglesia por medio de los Concilios acudió siempre á las necesidades de los tiempos; pues á pesar de la angustiosa situación de su trono y á despecho de los poderes de la tierra, reúne el Concilio más admirable entre todos los veinte que los siglos pasados vieron. En su seno son discutidos los delirios del racionalismo, y quedan para siempre condenados; pero esto no basta.

Pio IX conoce bien el espíritu moderno, sabe que si no se le encarrila en sólidos e inquebrantables rails, la sociedad perecerá arrastrada por él en su impetuosa carrera. Al mismo tiempo advierte que en el porvenir han de multiplicarse los errores al infinito, gracias á esa loca autonomía de que blasona la razón, y meditando que la lenta marcha de la Iglesia en las definiciones conciliares es incompatible con la multiplicidad de los errores del pensamiento autónomo, eleva á principio dogmático un hecho de todos los tiempos: la infalibilidad pontificia. Así la Iglesia ya no tiene por qué temer el progreso de los errores, que el inmortal Pio IX al declarar infalible la Sede romana la deja la fórmula sublime de su progreso, es decir, de su movimiento hácia adelante con dirección al fin de la sociedad hasta la consumación de los siglos.

Consideremos ahora como rey al augusto prisionero del Vaticano: mas ántes hay que echar una rápida ojeada sobre el espíritu político de nuestra época, ya que tenemos conocido su espíritu filosófico.

Es un hecho histórico en el desarrollo político de la sociedad europea que desde los tiempos de la Edad-media marchan paralelas dos democracias de aspiraciones semejantes y de opuesta naturaleza. Es la una bandera de todas las malas pasiones, palenque á todos los desafueros abierto, origen de muchos crímenes, teatro de sangrientas orgías, fatora del despotismo y madre de la anarquía: es la otra enseña gloriosa de santa independencia, origen del heroísmo, trono augusto de la justicia, enemiga de la adulación á los grandes y á los pequeños, madre de la concordia y suave compañera de la autoridad. Democracia revolucionaria se llama la primera; democracia cristiana la segunda: ésta saca su último origen de la dignidad humana restaurada por Jesucristo, aquélla arranca del infernal *non serviam* del Angel caído.

Otro hecho no ménos evidente es que desde el grito de Lutero esas dos democracias han chocado con frecuencia en su movimiento paralelo, y que esos choques siempre han estado en razón directa de la emancipación intelectual de la una, y del sentimiento de la alteza de la dignidad humana en la otra. Natural cosa era, por lo tanto, que llegado el instante en que la primera rompiera todo yugo y la segunda profundizara el misterio divino de su grandeza, chocaran las dos democracias tan rudamente, que retardara el movimiento social y desviara la dirección del progreso en seguimiento de la más violenta, con perjuicio de la civilización verdadera. ¿Qué hacer para prevenir esa catástrofe? Dos medios se presentan desde luego: moderar esas fuerzas por medio de la autoridad ó dejarlas entregadas á sí mismas.

Pues bien entendido esto, vengamos ahora al exámen

del reinado de Pio IX. Tres fases ofrece: política expansiva, política tradicional y política de resistencia.

Juan María Mastai no era de aquellos hombres que al solo anuncio de reforma se temen una revolución, y á la palabra libertad sustituyen la de anarquía, porque no saben ó no pueden distinguir esas dos democracias de que ántes hablaba. Nó; Mastai Ferretti está dotado de exquisita sensibilidad, que es el carácter de las almas generosas; por eso al subir al trono pontificio vió con admiración el mundo que el nuevo Papa-Rey profesaba la democracia cristiana, y que con animoso corazón acometía la heroica empresa de dar á sus pueblos todas las libertades que en el Evangelio caben. Ciertamente es que los partidarios del antiguo régimen fruncieron el ceño y vieron con malos ojos el liberalismo de Pio IX; pero sin embargo, el Pontífice rechazó la política de resistencia y planteó en sus Estados una política expansiva. Bien hizo el Pontífice-Rey en seguir el camino de las reformas; que insigne locura hubiera sido pretender la resistencia á un movimiento que si no se encauza se desborda, y tras su corriente lleva los más altos diques que los siglos alzarán. A los amigos de la resistencia la historia les recomendará el estudio de la marcha política del rey de Nápoles: este soberano practicó esa política con fuerte mano, mas sin duda sintió cansado el brazo cuando se apresuró á otorgar una Constitución pedida con las armas en la mano: como que fué el primer Código constitucional que apareció en Italia.

Si tuviera tiempo y la indole de este escrito lo consintiera, fácil cosa me sería examinar todos los actos liberales de Pio IX, y demostrar que ninguno de ellos podía ser causa, como en efecto no lo fueron, de la revolución del 48 en Roma; pero basta á mi propósito hacer constar que sin la intemperancia de Nápoles y sin la osada ambición del Piamonte, la sangre de Rossi no se hubiera interpuesto entre Pio IX y la revolución, porque á esta fiera aquélla la hubiera dominado: una prueba de que el Papa era superior á aquel movimiento, fué que repetidas veces se trató en aquellas tumultuosas Asambleas de la necesidad de que regresara á Roma el Pontífice, y sólo cuando éste emigró se entronizó la revolución en la Ciudad Eterna.

Se ha dicho por un príncipe de la Iglesia: « El liberalismo de Pio IX será la honra del Papado; sus desgracias son la vergüenza de la revolución; » así también lo creo yo. Pio IX hizo bien en practicar la libertad cristiana, y eso por varias razones; la primera la da Montalembert cuando dice: « Si Pio IX hubiera rehusado toda concesión al espíritu del tiempo, la revolución no habría por eso dejado de estallar en Roma despues de la catástrofe de Febrero, y entonces el vulgo diría: El Papa habría podido ahorrar estos males á su pueblo, mas no lo ha querido: se ha obstinado en la vía de una resistencia imposible. » La segunda es del cardenal Mathieu: « El estatuto, dice, ha servido para desenmascarar á la hipocresía, que habia comenzado por besar los piés de Pio IX, y comulgar de su mano, y que ha concluido por proclamar la república romana. » La tercera es mi propia convicción de que era conveniente que el Papa del *Syllabus*, que condena al liberalismo moderno, hubiera enseñado y practicado la libertad cristiana, que no porque las humanas pasiones la hagan imposible, deja por eso de ser un don del cielo.

El 12 de Setiembre de 1849 dió Pio IX un *motu proprio* « para consuelo de los buenos, que tanto han merecido nuestra especial benevolencia y consideración, y para desengaño de los tímidos y de los ilusos que pudieran prevalerse de nuestras concesiones para trastornar el orden social, para que sirva á todos de testimonio que no abrigamos otro deseo que el de otra verdadera y sólida prosperidad: » son sus palabras. En este documento el Papa adoptaba la política tradicional: en él se establecía la democracia verdadera en amigable consorcio con el poder real. La hacienda, la administración municipal y la provincial son establecidas sobre bases verdaderamente liberales, la descentralización para éstas, y la votación para aquélla respecto de los presupuestos: hé aquí el tradicionalismo que hermana las conquistas modernas con las sanas costumbres de los pasados tiempos. Bajo este punto de vista Pio IX ha dejado á la sociedad la fórmula de su progreso en el espacio; porque sólo el tradicionalismo, tal como Balmes le concibió y como le practicó Pio IX, puede hacer que los pueblos en la multiplicidad de intereses individuales bajo la unidad de una autoridad fuerte, realicen el progreso de su ser, que no es otro que por medio del orden que da la soberanía y por medio de la libertad civil lleguen los individuos á perfeccionarse más y hacerse más dignos de aquella libertad que se goza en el seno de Dios.

Finalmente; Pio IX siguió durante veinte años una política de resistencia. Y ¿por qué? Porque veinte años há que la democracia satánica, encarnándose en la diplomacia europea, viene tendiendo asechanzas al que mira como su mortal enemigo. Seguramente que los espíritus pusilánimes respirarían con placer cuando vieron á Pio IX reintegrado en su trono, protegido por las bayonetas extranjeras; no tanto porque veían el triunfo de la Iglesia, cosa que á todo verdadero católico causó indecible gozo, sino más bien porque miraban triunfantes sus

principios de fuerza y consideraban anulados los ataques de la democracia anarquista. ¡Ilusos! ignoraban que es cien veces más temible el cesarismo que la tumultuosa demagogia.

Anexion tras de anexión (que así han dado ahora en llamar á la rapiña), fué multiplicando el gobierno piamontés para formar una corona con los pedazos de las arrancadas á sus vecinos, y cuando hubo concluido miró al César francés, destruyó la herencia paterna para hacer con un pedazo de ella un corto obsequio á su protector, y así comprado el permiso de continuar sus anexiones, puso mano sacrilega en el patrimonio de San Pedro: que al fin para quien toma lo ajeno, lo mismo es que sea propiedad de un santo que de un hombre. Ocupado en tan noble empresa estaba, cuando advirtiendo que su poderoso vecino acababa de ser vencido por fuerza mayor, aprovecha la ocasión y con numeroso ejército se apodera de Roma, aprisionando en el Vaticano á Pio IX.

Hace bien Pio IX en resistir los desafueros del poder lo mismo que combatió las demasías de las turbas: que así da ejemplo á los reyes de la tierra para que aprendan que el progreso social se funda en la autoridad que sabe dar libertades prudentes á los pueblos dignos y no sabe arrastrarse á los piés de los poderes indignos. Así, con esta sábia conducta, ha trazado á los pueblos la senda del progreso, y ha patentizado á la faz del sol que el porvenir de los tronos está en la política tradicional que enlaza el tiempo pasado con el presente, en lo que ambos tienen de provechoso y asimilable.

III.

Conocidos los dos genios del siglo: Balmes y Pio IX, réstame decir en breves palabras cómo su esplendor converge hácia un mismo foco.

La razón y la fe en su movimiento paralelo chocan y se repelen frecuentemente con notable perjuicio del progreso humano: en la época actual esa repulsion y ese choque son tan vivos y constantes que, ó se trata de armonizar ambas fuerzas, ó de lo contrario la sociedad perece. Necesario es, pues, concebir una fórmula de armonía, y luego así concebida realizarla en institución. Para lo primero era preciso un genio de inteligencia colosal; para lo segundo un corazón de inmensa bondad y energía. La primera necesidad vino á llenarla Balmes; la segunda Pio IX. ¿Qué extraño es que aquel exclamara entusiasmado: « El Papa y yo nos hemos encontrado! » Sí; se encontraron en Dios, como en el foco se encuentran los dos rayos de una misma luz. Quiso el Eterno colmar á Balmes de sabiduría para que el mundo admirara las colosales proporciones de su espíritu, y le rodeara de esa gloria inmortal que hoy fascina á las almas; los laureles del sabio; á fin de que su voz fuera eco sonoro que aleccionara á los hombres y los hiciera atentos á estas palabras del genio: « sólo puede salvar al mundo el enlace del espíritu de progreso con la religión, y este enlace no se operará nunca si la empresa no es dirigida por un Pontífice. » Quiso también el Dios que hace curables á las naciones suscitar un Papa formado segun el mismo corazón de Dios, para que el orbe viera en él torrentes de bondad y prodigios de heroica virtud, á fin de que en él confiara cuando al poner los ojos en Balmes y las manos á la empresa de regenerar el mundo, le oyera exclamar tranquilo: *la Chiesa farà da se*, « la Iglesia se basta á sí misma. »

Sí, el inmortal Pontífice que acaba de morir conoció y meditó más de una vez los escritos de Balmes, y en Roma la fama de éste era más sólida que en España. ¿Qué cuadro tan encantador se ofrece á mis ojos, cuando imagino al arzobispo de Imola hojear una y otra vez las obras de Balmes, admirando su genio; y luego, ya Pontífice, realizar los luminosos principios que desarrollara en aquéllas el genio católico desde un rincón de España!

Mas ¡ay! que si no tan encantador, es más sublime contemplar á Balmes, inmolar en aras de la fé y de su devoción á la Santa Sede su colosal inteligencia, en gigantesca gloria y su renombre inmortal, sepultando toda su majestad y esplendor al pié de la Silla de San Pedro. « Yo he querido probar á mis hermanos que mi Padre es la suma bondad: » hé aquí el generoso anhelo de Balmes. ¿Lo alcanzó? No es preciso atestear á esto: nadie que abrigue un corazón hidalgo se atreve hoy á desmentir á nuestro sabio.

¡Haga el cielo, Iglesia Santa, que todas las inteligencias también se prosternan ante tí, y que todos los corazones á tí se agrupen para sentir y creer como tú!

Hijo del siglo XIX, en ello me glorio porque es tu siglo, y tengo fé viva de que el Eterno va pronto á hacer sonar la hora de tu triunfo, para que los resplandores de tu gloria inmensa nos oculten las negras sombras de tu tumba.

J. B.

LA HERIDA INVISIBLE.

(Conclusion.)

El médico comunicó á muchos de sus colegas aquel caso extraño, y cada uno tuvo una opinión distinta, sin que ninguno de ellos pudiese sin embargo dar una explicación plausible.

A fines del mes, K... esperó con inquietud al enigmático personaje. Pero el mes pasó y nadie vino.

Trascurrieron todavía muchas semanas. Per fin, el médico recibió una carta fechada en la residencia del enfermo.

La abrió. Era de letra compacta, y por la firma vió que su cliente la había escrito con su propia mano. De ahí creyó poder deducir que el dolor no había vuelto, porque le habria impedido tomar la pluma.

Hé aquí lo que contenía la carta:

«Querido doctor: No quiero dejarle á usted ni á la ciencia médica en la duda sobre el misterio de la extraña enfermedad que me llevará pronto á la tumba—y también á otra parte.

»Voy á comunicar á usted el origen de mi terrible mal. Hace ocho días reapareció por tercera vez y ya no quiero luchar contra él. En este momento no consigo trazar estas líneas sino poniendo sobre el punto sensible un pedazo de yesca encendida á guisa de cataplasma. Mientras la yesca arde no siento el otro dolor. Y aquél no es nada en comparación de éste.

»Hace seis meses era todavía un hombre muy feliz. Vivía tranquilamente de mis rentas. Estaba en buenas relaciones con todo el mundo y gozaba de todo cuanto halaga á un hombre de 35 años. Me casé hace un año por amor. Mi esposa era una jóven muy hermosa de espíritu cultivado, de muy buen corazón, que era aya en casa de una condesa vecina mia. No tenía fortuna y me amó, no solamente por gratitud, sino también porque me profesaba un verdadero afecto de niño. Seis meses trascurrieron de tal manera que el día siguiente me parecía siempre más feliz que la víspera. Si alguna vez necesitaba ir á Penth y estar un día fuera de mi casa, mi mujer no tenía un momento de tranquilidad. Venía á encontrarme á dos leguas de mi casa. Si me demoraba, no dormía en toda la noche esperándome; y si, á fuerza de súplicas consentía en ir á ver á su antigua señora que la amaba mucho, ningún poder del mundo la habria hecho permanecer allí más de medio día: con el pesar que le inspiraba mi ausencia, hacía perder su buen humor á los demás. Su ternura por mí iba tan lejos que renunció al baile para no verse obligada á dar la mano á gentes extrañas, y nada le causaba tan vivos disgustos como las galanterías que la podían dirigir. En una palabra, tenía por esposa á una niña inocente, cuyo único pensamiento era yo y que me confesaba como crímenes enormes sus sueños si no había soñado conmigo.

»No sé qué demonio murmuró un día á mi oído: ¿y si todo eso no fuese más que disimulo? Los hombres son bastante locos para buscarse torturas aun en medio de la mayor felicidad.

»Mi mujer tenía una mesa de trabajo, cuyo cajon cerraba cuidadosamente con llave. Lo había observado muchas veces. Nunca olvidaba la llave, ni dejaba el cajon abierto.

»Este pensamiento me asediaba... ¿Qué puede ocultarme allí? Me había vuelto loco. Yo no creía ni en la inocencia de su rostro, ni en la pureza de sus ojos, ni en sus caricias, ni en sus besos. ¿Y si todo eso fuera hipocresía?

»Una mañana la condesa vino nuevamente á buscarla, y, después de muchas súplicas, logró decidirla á pasar el día con ella. Nuestras posesiones estaban algunas leguas de distancia unas de otras, y yo prometí á mi mujer ir á buscarla.

»Apénas el carruaje hubo salido del patio, reuní todas las llaves de la casa y las ensayé en la chapa del cajoncito. Una de ellas lo abrió. Estaba como un hombre que comete su primer crimen. Era un ladrón que iba á sorprender los secretos de una pobre mujer. Mis manos temblaban sacando del cajon, prudente y meticulosamente, uno á uno los objetos que contenía, con el cuidado de que ningún desarreglo denunciase la mano extraña que lo había registrado. Mi pecho estaba oprimido, casi me ahogaba... Y hé ahí, que de repente y debajo de unos encajes, mi mano tropieza con un paquete de cartas. Fué como un rayo que me cayó en el corazón. ¡Oh! ¡son de esas cartas que se conocen á primera vista! ¡Son cartas de amor!...

»El paquete estaba atado con una cinta rosada bordada de plata.

»Al tocar la cinta, me vino este pensamiento: ¿es esto conveniente? ¿es esto digno de un hombre honrado? Robar los secretos que tal vez pertenecen al tiempo en que era soltera. ¿Puedo yo pedirle cuenta de los pensamientos que tenía ántes de que me perteneciese? ¿Puedo estar celoso de una época en que no me conocía? ¿Quién podría reprocharle una falta, quién? Yo. El demonio murmuró otra vez en mi oído: ¿y si esas cartas fuesen de un tiempo en que yo tenía derecho á todos sus pensamientos, en que yo podía estar celoso hasta de sus sueños, en que ya me pertenecía? Desaté la cinta. Nadie me vió. No había allí ni un espejo que pudiera hacerme avergonzarme de mí mismo. Abrí una carta, después otra, y las leí hasta el fin.

»¡Oh! ¡fué para mí una hora espantosa! ¿Qué había en aquellas cartas? La traición más vil de que un hombre haya sido víctima jamás. ¡El que las había escrito era uno de mis íntimos amigos! ¡Y qué tono! ¡qué pasión! ¡Qué amor seguro de ser correspondido! ¡Cómo hablaba de guardar el secreto! ¡Qué consejos prodigaba sobre el arte de engañar á su marido! ¡Y todas esas cartas eran de una época en que ya estaba casado y era tan feliz! ¿Necesitaré decir lo que sentí? Figúrese usted, la embriaguez causada por un veneno mortal. Me harté de aquel veneno. Leí todas, todas. Después las doblé, volví á atarlas, coloqué el paquete debajo de los encajes y cerré el cajon.

»Sabía que si á medio día me veía llegar, ella volvería á la tarde de casa de la condesa. Fué lo que sucedió. Bajó del coche precipitadamente para correr hácia mí, que la esperaba en el vestíbulo. Me abrazó con excesiva ternura y parecía estar muy contenta de hallarse á mi lado. No permití que mi rostro revelase nada. Conversamos, cenamos juntos y cada uno se fué á su dormitorio. No cerré los ojos. Despierto, fui contando todas las horas. Cuando el reloj dió las doce y cuarto, me levanté y pasé á su dormitorio. Su hermosa cabeza rubia estaba allí, sumida en las blancas almohadas. Es así como se pinta á los ángeles en medio de nubes blancas. ¡Qué espantosa mentira de la naturaleza es el vicio oculto por facciones tan inocentes! Estaba resuelto, con esa obstinación del loco asediado por una idea fija. El veneno me había corroido el alma enteramente.

»Con toda suavidad puse mi mano derecha en su cuello y apreté con fuerza. Ella abrió por un momento sus grandes ojos azul oscuro y me miró con admiración: en seguida los cerró y murió. Murió sin defenderse de mí, con la misma tranquilidad con que uno se duerme. Nunca se había irritado conmigo, ni aun cuando

la maté. Una sola gota de sangre salió de su boca, y cayó en el dorso de mi mano—usted sabe dónde.—No la vi sino al día siguiente, cuando ya estaba seca. La enterramos sin que nadie sospechase la verdad. Yo vivía en la soledad. ¿Quién habria inspeccionado mis actos? Ella no tenía ni parientes ni protectores que me hiciesen preguntas á ese respecto, é intencionalmente demoré el envío de las cartas de aviso, para que mis amigos no pudiesen llegar á tiempo.

»Al volver del cementerio, no sentí el menor peso sobre mi conciencia. Había sido cruel, pero ella lo tenía merecido. No la olvidaba. Podía olvidarla. Apénas pensaba en ella. Nunca había cometido un hombre un asesinato con menos remordimientos que yo.

»La condesa que tantas veces he citado, estaba ya en el castillo, cuando yo volví. Tan bien tomadas fueron mis medidas, que ella también llegaba demasiado tarde para el entierro. Cuando me vió, parecía muy agitada. El terror, la simpatía, el dolor ó yo no sé qué ponían tanta confusión en sus palabras que no comprendí lo que me decía para consolarme. ¿La escuché siquiera? ¿Necesitaba yo consuelo? Yo no estaba triste. Al fin me tomó familiarmente la mano, y me dijo á media voz, que se veía obligada á confiarme un secreto y que contaba con mi honor de caballero para que no abusase de él. Había dado á guardar á mi mujer un paquete de cartas que ella no podía conservar en su casa y que deseaba recobrar. Mientras que ella hablaba, sentí por dos ó tres veces que un temblor frío corría por mi cuerpo, desde la cabeza hasta los pies. La interrogué con aparente frialdad sobre el contenido de esas cartas. A esta pregunta la señora se sobresaltó y me contestó impetuosamente:

—«Señor, su mujer fué más generosa que usted. Cuando le confió esas cartas, no me preguntó lo que contenían. Aun me dió su palabra de que ni siquiera las miraría, y estoy plenamente segura de que así lo hizo. Era un noble corazón que se habria avergonzado de faltar secretamente á su palabra.

—«Está bien, dije; ¿y cómo reconoceré el paquete?

—«Estaba atado con una cinta rosada bordada de plata.

—«Voy á buscarla.

»Tomé las llaves de mi mujer y me puse á buscar el paquete, aunque sabía perfectamente dónde se encontraba. Fingí encontrarlo con gran trabajo.

—«¿Es este? Dije á la condesa pasándoselo.

—«Sí, sí. Aquí está todavía el nudo que yo le hice. Nunca lo ha tocado.

»No me atreví á mirarla. Temí que sospechase que yo lo había desatado. Me despedí de ella bruscamente; ella subió á su coche y partió. ¡Pobre mujer! Su marido era brutal y disoluto. Si yo hubiera sido como él, habria merecido una mujer como ella. ¡Oh! pero mi mujer era un corazón inocente, una alma angelical. Ella amaba á su marido hasta en el instante en que su marido la mataba. He olvidado lo que hice durante las primeras horas siguientes. Cuando volví á tener conciencia de la horrible realidad, estaba en el cementerio al lado de su féretro. No estaba bastante trastornado para querer hablarla. Creí que no me veía. «Tan cierto como que tú me amabas viva y que todavía me amas después de tu muerte, hazme la gracia de vengarte de mí en esta vida. No aplaces mi expiación para el otro mundo. Hazme sufrir desde ahora, atormentame, mátame.» Hé ahí con cuánto furor hablaba yo á aquellas cenizas frías. De repente me dormí ó más bien me desvanecí; lo que sé es que me puse á soñar. Ví que la tapa del ataúd se levantaba lentamente y que la muerta salía de él en silencio. Yo estaba allí acostado, rígido delante del féretro, con una mano colocada sobre él y la otra debajo de mi cabeza. Los labios de la muerta estaban pálidos y una gota de sangre suspendida de ellos. Se inclinó lentamente, abrió los ojos como cuando la maté, y me besó la mano derecha. La gota de sangre se adhirió nuevamente á mi piel. Ella cerró los ojos, reclinó nuevamente su cabeza sobre su fria almohada, y el ataúd se cerró.

»Poco después me desperté con la impresión de un dolor agudo como el que produce la picadura de un escorpion. Corrí á respirar el aire libre. Era ya de día. Nadie me vió. La gota de sangre había desaparecido, el dolor no se manifestaba por ningún síntoma externo, y sin embargo, el lugar marcado por la gota me quemaba como si hubiera sido mordido por un veneno corrosivo. Aquel dolor iba creciendo de hora en hora. Me dormía á veces pero no por eso perdía la conciencia de mi mal. No podía quejarme á nadie, y nadie tampoco habria creído mi historia. Usted ha sido testigo de la violencia de mi sufrimiento, y cuánto me aliviaron las dos operaciones. Pero á medida que la llaga se cicatriza, el dolor vuelve; ahora me ataca por tercera vez, y ya no tengo fuerzas para luchar contra él. En una hora más habré muerto. Un pensamiento me consuela: y es que ya que ella se ha vengado aquí abajo, tal vez me perdone allá arriba. Le doy las gracias por sus atenciones: Dios se las pagará.»

Algunos días después se leía en los diarios que Sz....., uno de nuestros más ricos señores territoriales, se había suicidado. Unos atribuían su suicidio al pesar que le había causado la muerte de su mujer; otros, mejor informados, á una herida incurable. Los más despiertos dijeron: era monomaniático, y esa herida incurable existía solamente en su imaginación.

MAURUS JOKWI.

EL TABACO.

(Continuación.)

VII.

La buena sociedad no admitió el tabaco en su principio, considerando su uso como impropio y repugnante, por cuya razón aún á fines del siglo pasado era sólo usado por los cocheros, jornaleros y gente pobre.

Las personas regulares y de alta clase que por su afición al tabaco no podían hacer uso de él sin ser censurados, se abstenerían de usarlo públicamente, retirándose para ello á los sitios más escondidos y lugares excusados.

Á principios de este siglo la buena sociedad francesa toleraba sólo el tabaco en polvo; sin embargo de esto, el consumo de tabaco para fumar era infinitamente mayor.

Hoy usa el tabaco la inmensa mayoría y se fuma en todas partes, llegando la preocupación de ciertas gentes, pero especialmente de la juventud inexperta, hasta el punto de no creer hombre al que no fuma. Esta es generalmente la causa de hacerse fumadores la mayor parte de los jóvenes cuyo afán de parecer hombres les obliga á poner en su boca un cigarro, del cual chupan, sin sacar el placer del hombre acostumbrado, y sufriendo el malestar y amargor que esta hoja proporciona á un paladar virgen, adquieren con su uso una costumbre de que más tarde se arrepienten.

Los mismos médicos que tanto pregonan y ponen de relieve los perjuicios de esta planta, llevan el cigarro en la boca para visitar á sus enfermos.

No ya los hombres, sino hasta las mujeres empiezan á contraer este vicio, que en ellas es mucho más repugnante por el contraste que presentan la delicadeza de su sexo con las condiciones y naturaleza del uso del tabaco, siendo hoy Inglaterra quizás el único país en que las mujeres conservan incólume su decoro en este punto, prefiriendo un aliento suave á oler á tabaco.

A pesar de estar ya tan extendida esta costumbre, aún en el día se conserva reminiscencia de la preocupación que contra él había en otros tiempos, no correspondiendo á una educación esmerada y no estando, por consiguiente, admitido el fumar en visitas de respeto, salones de etiqueta, teatros y demás sitios públicos donde debe guardarse cierta compostura, y hay ordinariamente un sitio destinado á los fumadores.

VIII.

Conforme se fué extendiendo el uso del tabaco y se vió el importante comercio y la considerable riqueza que podía proporcionar su explotación, se dieron en 1659 órdenes y concesiones en las Américas permitiendo su cultivo en algunos parajes próximos á los ríos, á pesar de la oposición que al principio manifestaron los ganaderos diciendo que la plantación perjudicaba á los pastos y ganados.

Su cultivo exige una tierra muy rica y fuertemente abonada; pero segun Victoriano Felip en su obra *El Tabaco*, y segun otros autores, puede cultivarse y prosperar en toda clase de terrenos, aún en los gredosos, siempre que éstos tengan bastante fondo. Esto, sin embargo, impide el que todos tengan igual color, sabor y aroma, debido al clima, terrenos, situación, condiciones atmosféricas, cultivo, etc. Los terrenos propios para su cultivo en América se llaman *vegas*, de donde proviene el nombre de *vegueros* dado á los cultivadores y más adelante á cierta clase de cigarros. Estas vegas se llaman naturales si las riegan los ríos ó están próximas á ellos, y artificiales á las demás, siendo mejores las primeras.

En la Habana es donde se produce el tabaco mejor del mundo. Su cultivo se importó en Francia en 1626, algun tiempo después del embarque de Duval de Nambuc para la conquista de las Antillas en el reinado de Luis XIII, siendo ministro Richelieu, y valía 40 francos libra.

Poco después se introdujo el tabaco preparado y hecho polvo, que se vendía á 12 francos libra.

Sarrasin en su *Tratado del cultivo del tabaco* indica cinco especies y algunas variedades fáciles de cultivarse en Europa.

Los tabacos de Europa comprenden el de Holanda, preferido por los tabaquistas; en Francia el *Lot* es un tabaco muy fuerte y el *Norte* un tabaco muy débil.

Las clases bajas en Inglaterra hacen uso del tabaco Virginia (*Shay*), que es igualmente un tabaco muy fuerte.

IX.

En Francia el año 1674 monopolizó el Estado el comercio del tabaco, y en 1697 Duplantier compró el derecho exclusivo de venderlo en toda Francia mediante 450.000 francos al año (1).

En la Habana esta industria aumentó mucho y dió grandes productos, cuando Fernando VII en 23 de Junio de 1817 abandonó su monopolio desestancándolo, y en nuestros días el tabaco constituye una industria importantísima, que pone en circulación un capital fabuloso, dejando pingües ganancias á los gobiernos, que hoy son los que tienen monopolizado este comercio. Su consumo en los distintos países de Europa puede verse por el siguiente cálculo publicado últimamente:

« Bélgica consume por cada 100 habitantes 250 kilogramos de tabaco, Holanda 200; Alemania 150; Austria 124; Noruega 102; Dinamarca 100; Hungría 94; Rusia 83; Francia 81; Inglaterra 62; Italia 57; España 49, y Suecia 34.

A juzgar por los anteriores datos, leídos por el Sr. Hamille y Bourgeois en la Asamblea francesa, resulta que los españoles somos los penúltimos fumadores de Europa.

El producto de la venta del tabaco en Francia dió al Tesoro los siguientes resultados: en 1873 la cantidad de 4.168 millones; en 1874 aumentó á 4.196, y en 1875 llegó á 4.230.

En el Reino Unido se consumen en la actualidad próximamente en tabaco 44 millones de libras esterlinas al año.

En Francia, segun cálculos recientes, hay 5 millones seiscientos mil fumadores. El consumo de cada fumador por término medio es de cuatro kilogramos, 90 gramos al año, lo cual representa en números redondos un consumo total de 28 millones de kilogramos. De cada quince fumadores ocho fuman en pipa, cinco puros y dos cigarrillos de papel. Por pequeño que sea comparativamente el número de los que por este último medio aspiran la nicotina, se hace en Francia un consumo considerable de cigarrillos; su número está evaluado en 805 millones al día, 33 millones por hora y 559 mil cada minuto. Dada la longitud de los cigarrillos ordinarios, todos estos cigarrillos puestos en contacto por los extremos tendrían una longitud de 2.057.930 kilómetros, esto es, se daría con ellos 514 veces vuelta á la Tierra.

De los datos oficiales publicados por el departamento de agricultura, que es una seccion del ministerio de Fomento de los Estados Unidos, tomamos las siguientes noticias relativas á la cosecha de tabaco en aquel país durante el año 1874.

La cosecha total de los Estados Unidos en el expresado año puede calcularse en 478.355.000 libras, cultivadas en 281.662 áreas de tierra. Su valor en primeras manos asciende á 23.362.765 pesos.

(1) *Historia del tabaco*, por V. de Prades. Paris, 1677.

Los Estados productores son, por orden de importancia, Virginia, Kentucky, Maryland, Missouri, Ohio, Indiana, Pennsylvania, Connecticut, North Carolina, Illinois, Tennessee, Massachusetts, Wisconsin, West Virginia, Nueva-York, Arkansas, Kansas, Georgia, Florida, Nueva-Hampshire, Alabama, Texas, Vermont, Mississippi y South Carolina. El de Virginia, que desde hace veinticinco años había sido siempre el primer Estado productor, cedió la primacía desde 1860 a Kentucky; pero ha vuelto a recuperar su puesto en el año último.

Los Estados de New-Hampshire, Massachusetts, Connecticut, Nueva-York, Pennsylvania, Maryland, Virginia, North Carolina, Florida, Tennessee, West Virginia, Kentucky, Ohio, Indiana, Illinois, Wisconsin y Missouri han producido por sí solos en el año último 99.805.602 libras, cuyo valor se estima en 13.204.394 pesos.

El número de áreas de tierra empleado en el cultivo del tabaco ha sido 148.277.

La cosecha de estos mismos Estados fué en 1869 de 186.276.726 libras. Ha habido, pues, una baja de 86.471.124 libras, siendo de mayor consideración en el Estado de Kentucky, donde se cosecharon el año 1869, 84.593.456 libras, y ha quedado reducida el año pasado á 49.306.835.

Véase á continuación un estado de las cosechas en tres períodos anteriores, que nos remontan á veinticinco años. La producción ha sido, pues, en 1850, de 499.752.655 libras; en 1860, de 434.209.464; en 1870, de 262.735.344.

En 1860 llegó el cultivo del tabaco á su máximo superior, y desde entonces ha empezado su descenso, en términos de ser la cosecha del año último poco más de un 40 por 100 de la obtenida en 1860, y no llega á un 70 por 100 de la de 1870. No ha dejado de influir en esto, como en todo lo que se relaciona muy principalmente con los Estados del Sur, que son eminentemente agrícolas, la emancipación de la esclavitud realizada de un modo violento, y sin más fin que el de arruinar y debilitar, por consiguiente, aquella parte de la República.

X.

Tratándose del tabaco es curioso, y sobre todo importante para los aficionados á tomarlo en polvo, estas instrucciones, relativas á su guarda y conservación. Es indudable que el tabaco se deteriora y pierde mucho de su aroma y excelencia teniéndolo guardado mucho tiempo. Generalmente se cree, que colocado en una caja de plomo herméticamente cerrada, se conserva sin que pierdan fuerza sus propiedades; pero esto, aun cuando lo reserva en gran parte, y es la mejor manera de guardarlo, no basta, en atención á que la sutileza de su aroma por todas partes se escapa, desapareciendo lentamente.

La mejor manera de conservarlo, según ha enseñado la práctica, es encerrarlo en una caja de lata, unida la cubierta perfectamente con estaño, en la forma que se verifica la traspasación de las fábricas, ó bien cubriendo las ranuras de la caja con plomo, cera ú otra materia compacta, que no permita la evaporación de las sustancias olorosas.

Guardado y preparado de este modo, no sólo no pierde el tabaco sus propiedades, sino que se hace más aromático, según se ha experimentado varias veces, lo cual se atribuye á que, hallándose encerradas las partículas, excitan una especie de fermentación, que da por resultado el desarrollo del olor ó á que sus volátiles partículas, chocando unas con otras, se desmenucen y sutilicen, hiriendo más vivamente las fibras recusatorias del órgano del olfato, á semejanza de lo que sucede con el vino guardado mucho tiempo y preservado del aire.

No es malo humedecer el tabaco que está seco para conservarlo mejor, pero esta humedad se le ha de comunicar con agua clara. El humedecerle con hojas de plantas, y con aguas compuestas, y el tenerle en sitios húmedos para conservarlo esponjoso, le hace degenerar, pues las partículas y emanaciones de estas sustancias se corrompen, destruyendo la pureza del tabaco. No sucede esto con el agua clara, la cual, no sólo no le perjudica, sino que protege su conservación, cerrando la porosidad é impidiendo la emanación de sus partículas olorosas.

XI.

A la vez que se levantaban los enemigos del tabaco, era éste apadrinado por grandes defensores que sostenían la guerra en el terreno de la ciencia y la discusión. En 1828, un tal Rafael Torrius publicó su obra *Hymnus tabaci*, en que lo defendía y ensalzaba; y en todo tiempo, los defensores y aficionados á esta planta, han tratado de probar sus ventajas y beneficios, apoyándose en los dictámenes y opiniones de reputados profesores de higiene y medicina, los cuales, mirándola á su vez por el prisma de la bondad, han hecho observaciones, basadas en la experiencia que reporta la aspiración, sobre las ventajas y provecho de esta aromática planta.

El doctor Mantagazza, que también habló sobre los inconvenientes del tabaco, ha consignado en una de sus obras las ventajas que reporta, y dice: «El tabaco puede ser útil á las personas robustas y nutridas; favorece en el hombre el movimiento peristáltico de los intestinos; le da más enervación y activa la inteligencia; es uno de los pocos gozos, acaso el principal de los pobres, y les hace soportar más fácilmente el hambre, comiendo mucho menos los fumadores que los que no fuman; calma el eretismo de muchos hombres de negocios, así como acorta los dolores físicos y morales, siendo también un gran recurso contra el tédio ó *esplin* de los ingleses, y económica y socialmente hablando, sirve para crear y propagar varias industrias, que constituyen la principal riqueza de algunos países.»

También se ha dicho que el humo del tabaco puede ser en muchas circunstancias remedio contra la asfixia, y en comprobación de esto, un periódico refiere el hecho siguiente:

«Una joven cayó asfixiada en una sala de baile cuya atmósfera estaba cargada de ácido carbónico; un médico, llamado á toda prisa, declaró que la respiración estaba completamente paralizada.»

Tuvo la idea de recurrir al humo del tabaco, empleando el sistema americano; es decir, haciendo pasar el humo de su boca á la de la enferma.

El humo produjo en la laringe una irritación, que dió por resultado provocar la tós, como consecuencia, la aspiración de aire, y por fin, el restablecimiento de las funciones respiratorias.»

Su uso en polvo, aspirándolo por las narices, provoca el estornudo y causa una abundante evacuación de mucosa ó serosidad que descarga y despeja la cabeza, sobre todo cuando el que lo aspira no está acostumbrado á ello.

(Concluirá.)

LEON M. CARBONERO Y SOL Y MERÁS.

LA MARIPOSA Y LA NIÑA.

Una tarde deliciosa,
en un jardín dó jugaba,
una niña bulliciosa
vió una linda mariposa
que de flor en flor volaba.

Por la pradera saltando
tras el insecto anhelosa
iba la niña buscando
á la blanca mariposa,
todas las flores tocando.

Ya sus dedos la alcanzaban;
ya por ellos discurría;
ya sus ansias se calmaban;
ya el sobresalto crecía;
ya las flores la ocultaban.

Sin cesar la mariposa,
con rapidez volteando
se posó sobre una rosa,
allí á la niña esperando
como gasa vaporosa.

Mas cuando las manos de ella
se pusieron en la flor
huyó la paloma bella,
como rápido fulgor
de chispeante centella.

A tan triste desventura,
se unió el más vivo dolor
de espina punzante y dura:
fruto amargo de un amor,
que bulle en ciega locura.

L. G.

Chiclana de la Frontera.

NOTICIAS DEL ORIGEN É HISTORIA DEL BASTON.

Desde el cetro del monarca hasta el garrote del pastor, el baston es el distintivo de muchas dignidades, el instrumento de un sinnúmero de profesiones y el objeto inseparable del sexo feo, casi en su totalidad, y en esta última época de una no pequeña parte del sexo bello, que ha adoptado su uso.

En los tiempos antiguos todas las personas notables, príncipes, padres de familia, jueces, generales, etc., llevaban como distintivo un baston en forma de cetro.

Entre los babilonios nadie salía á la calle sin un baston esmeradamente hecho. Los lacedemonios designaban á los bastones de los generales con el nombre de *skital*; el de los embajadores se llamaba *caduceo*, que ha venido á ser el mismo en forma y nombre con que se representa á Mercurio.

Los principales magistrados romanos llevaban baston; el de los cónsules era de marfil, el de los pretores de oro.

Antiguamente los monarcas franceses ostentaban en una mano el cetro y en la otra el baston. Era éste como de cinco piés de alto, terminaba en una lanza de oro, á la cual se substituyó en el siglo XIV la mano de la justicia.

Con el baston en forma de cruz se representaba á los pastores y á las divinidades campestres.

Los obispos y los abades adoptaron esta clase de baston para significar con él que eran los pastores y guardianes del rebaño que les fué confiado por Jesucristo.

El baston y las alforjas llegaron á ser los atributos distintivos de los filósofos griegos y romanos.

El baston, lo mismo que el látigo, fué un instrumento de castigo, en uso en todos los pueblos, y que no hace mucho tiempo se impenia aún en las colonias.

En China se somete aún á la pena del baston; en Turquía existe la pena del empalamiento, que se verifica con un baston puntiagudo.

El baston sirvió de instrumento para el duelo en tiempo de Carlo-Magno y de Cárlos el Bueno.

Luis, duque de Orleans, enemigo del duque Juan de Borgoña (Juan sin Miedo), llevaba por divisa un baston espinoso y nudoso, con el cual indicaba que donde golpeará con él desgarraría ó mataría, y Juan sin Miedo, para responder á esta provocación, hizo colgar un cepillo de sus banderas, dando á entender que él cepillaría el nudoso baston de su enemigo.

Han existido un sinnúmero de bastones célebres: el del Perogrino Proteo, filósofo cínico; el de Diógenes; el del gran Federico; el de Juan Jacobo Rousseau; el de Voltaire; el de puño con un pico de cuervo de Luis XIV; el baston con música de Napoleón; el de manzano silvestre que Franklin legó á Washington; el de Balzac, etc., etc.»

MISCELÁNEA.

La Juventud católica de Madrid ha inaugurado su nueva casa el sábado 15 con una sesión solemnisima consagrada á celebrar la exaltación de Su Santidad Leon XIII.

Asistieron el Sr. Cardenal de la diócesis, el Sr. Nuncio y el señor Obispo auxiliar y una numerosa y escogida concurrencia.

El discurso, elocuentísimo, estuvo á cargo del Sr. Barsi, cuya sentida y preciosa peroración fué muy aplaudida.

Los Sres. Marqués de Heredia, Amat, Lázaro, Godró y Sanchez de Castro leyeron inspiradas y bellísimas poesías, que fueron aplaudidas con entusiasmo.

Finalmente, el Sr. Cardenal dirigió un magnífico discurso, con el que terminó la sesión.

El nuevo local de la Juventud católica es muy superior á cuantos ha ocupado hasta ahora, y está amueblado con sencillez y modestia, pero con elegancia.

**

Algunos periódicos, los democráticos y republicanos, tratan ahora de desacreditar á la estudiantina, de que tan buen concepto ha formado París entero, publicando noticias que la hacen poco favor.

Es lo que conviene.

Ahora que unos cuantos muchachos han conseguido hacer simpática á España, deben ustedes tirarlos al degüello.

¡Ya se ve! No fueron á visitar á Salmeron, y esto es escandaloso.

**

La prensa de cierto color continúa publicando noticias encaminadas á hacernos creer que el nuevo Papa es muy conciliador.

Parécenos que los que tal hacen deben recibir las noticias, si no por la Agencia Habas, al menos por la Agencia Calabazas.

**

Los republicanos de Francia se han declarado contra la estudiantina española.

Esto era lo único que la faltaba para que me fuera simpática.

**

Ha quebrado en Málaga la casa del Sr. Pagan.

Pues si le ha sucedido esto llevando la razon social Pagan, ¿qué le hubiera ocurrido si su razon fuera Deben?

**

El Sr. Castelar comienza su prólogo para la traducción de una obra de Víctor Hugo, diciendo: «Desde que la historia del golpe de Estado se escribió por la pluma apocalíptica de Víctor Hugo...»

Sin duda esa pluma ha sido arrancada á la Bestia de que nos habla el Apocalipsis.

**

Varios estudiantes de la Universidad de Madrid desaprobaban la conducta de la estudiantina que ha logrado llamar la atención y despertar loco entusiasmo en Francia, y anuncian á los alumnos de París una visita científica.

Nunca segundas partes fueron buenas.

**

Un periódico democrático dice que el día ménos pensado le va á salir en la sopa un ex-oficial carlista.

¿Pero abundan tanto?

**

La opinion está preocupada ante las buenas maneras y finos modales de los autores del robo consumado en casa del marqués de Mudela.

Antes se decía, apuntando con un trabuco: *La bolsa ó la vida*. Ahora hasta los ladrones quieren entrar en el concierto moderno, y dicen: «Espero tendrá usted la amabilidad de otorgarme permiso para tomar su bolsa; caso contrario, se dignará usted permitirme que le acogote.»

CHARADA.

La primera repetida,
nombre propio de varon;
prima y terciá es una fruta
renombrada de Aragon;
segunda y terciá en la iglesia,
y el todo fragil prision
cuya entrada siempre abierta
no traspasa el prisionero,
temiendo una muerte cierta.

La solución en el número próximo.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

MARTE.

Solución al jeroglífico inserto en el número anterior:

La ausencia es para el amor
como el aire para el fuego:
si es grande se hace mayor,
si es chico se apaga luego.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET.